



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VI – Muerte en el hamam **09 – Los placeres de un príncipe**

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

9 – Los placeres de un príncipe

De cómo los placeres y distracciones del príncipe Issa Ghâzi, ya convertido en rey, entran en colisión con la estricta moral observada por Baïbars...



El regalo de Baïbars para el rey Issa Ghâzi, consistía en dos jóvenes esclavos de bello aspecto, que se llamaban Hasan y Husayn. Al verlos aparecer, se iluminó el semblante del rey y le agradeció efusivamente este regalo a Baïbars; era evidente que este regalo le había gustado mucho más que todos los otros.

Cuando terminó su ceremonia de entronización, Issa Ghâzi abandonó Damasco y tomó el camino de El Cairo, seguido de su corte y su ejército. Por otro lado, los *fidauis* ya se habían despedido de Baïbars y regresado a sus casas. Caminando por tierras de Sa'sa', Quneitra, El-Mina, el cortejo atravesó el Jordán por el puente de las Hijas de Jacob; hizo una parada en los Pozos del Azogue y, desde allí, ganó los llanos de los Murûch Bani Amer¹, en donde montaron el campamento y clavaron los estandartes. Como de costumbre, el pabellón real se hallaba en lo alto de una colina, y a cierta distancia del de los visires y emires.

Ya cerca de la media noche, Issa Ghâzi llamó a sus criados y les ordenó que trajeran a uno de los dos esclavos que le había ofrecido Baïbars. Poco después, el llamado Hasan fue llevado a su presencia.

- Hasan, esta noche te quedarás aquí; necesito de tus servicios –le anunció el rey.

- Escucho y obedezco –respondió el joven esclavo.

Luego, Issa Ghâzi se despojó de sus vestiduras y se tendió sobre el lecho.

- ¡Ven aquí, conmigo! –le ordenó a Hasan.

- Oh, poderoso rey, ¡quién soy yo para tomarme la libertad de acercarme a ti y compartir tu cama!; ¡yo, tan solo un pobre servidor! –protestó Hasan.

¹ Región limítrofe con Ghawr, al sudoeste de la actual Siria. El itinerario que aquí se describe no deja de ser muy fantástico.

- Pero qué dices, muchacho; ¡te digo que vengas aquí! Sabes; tú me gustas mucho, y tengo la intención de hacer que avances en tu carrera: te haré uno de mis visires más importantes, tendrás tierras y castillos, todo el mundo te escuchará y te respetará...

- Pero, vamos a ver, ¿tú qué quieres de mí? No será que...

- ¡Pues claro, pedazo de bestia! ¡Estoy que me muero de ganas de clavarte mi dardo! No me digas que nunca has hecho esto...

- ¡Perdóname, mi señor! Mi maestro, Baïbars, no me ha acostumbrado a hacer tales cosas; solo me ha enseñado a ayunar y a rezar.

- Escucha, cariño, una de dos: o bien tú te lo dejas hacer sin rechistar, o yo hago que te corten la cabeza.

Y no pudiendo contenerse por más tiempo, el rey se abalanzó sobre Hasan.

- ¡Escucho y obedezco, mil y una vez! –no dejaba de decir el pobre muchacho– Permíteme tan solo salir un momento para arreglarme, y me reuniré con tu majestad inmediatamente.

- Sal, si quieres, ¡pero no tardes, que esto urge!

Conmocionado, el joven esclavo regresó a su tienda y despertó a su compañero, Husayn, al que le contó todo lo que le acababa de suceder. Entonces decidieron avisar en el acto al emir Baïbars; se presentaron en su tienda y le besaron las manos llorando:

- Señor –le dijo Hasan–, ¿en qué te hemos faltado, para que tú nos libres a las concupiscencias de ese depravado contra natura?

Y le contó, con todo detalle, la escena que acabamos de evocar.

- ¡No me lo puedo creer! –exclamó Baïbars–. ¿El hijo de mi señor, el rey El-Sâleh, entregado a tales vilezas? ¡No, es imposible!

- Que tu señoría se digne acompañarme hasta el pabellón real y quedarse en el exterior: así verás la cosa con tus propios ojos –le replicó Hasan–, y si he mentado, presto estoy a responder con mi cabeza.

Baïbars se levantó, se colocó su armadura y, seguido del joven esclavo, se dirigió hacia la tienda de Issa Ghâzi, escondiéndose en la parte de atrás, y aguzando el oído. Hasan penetró en la tienda y fue junto al rey; al que encontró con la verga en la mano, presto a entrar en acción.

- ¡Cuánto has tardado, niño malo! –le espetó nada más entrar– ¡Vamos, ven acá rapidito, que esto está pidiendo urgencia!

- ¡Oh, rey, más valdría que me dejaras en paz, y fueras temeroso de Dios! –respondió Hasan.

Furioso, Issa Ghâzi se abalanzó sobre él, disponiéndose a forzarle; pero entonces, lanzando un grito terrible, Baïbars apareció de pronto, cual león altanero.

- ¿Qué pasa aquí? ¡Miserable canalla! ¿Cómo puedes ser tan indigno y abandonarte a tales vicios; tú, el hijo del rey El-Sâleh Ayyûb? Ah, ¡qué razón tienen cuando dicen que “el fuego no deja tras de sí más que cenizas”!

Y tras reprender severamente al rey, Baïbars regresó a su tienda, llevándose a los dos esclavos; Issa Ghâzi, aterrorizado, no se atrevió a decir nada.

A la mañana siguiente, la corte se puso en marcha, en dirección a El Cairo. Los visires, emires y dignatarios, al ver que Hasan y Husayn habían vuelto con Baïbars, manifestaron alguna extrañeza; inmediatamente, Aïbak, comenzó a propagar la comidilla de que el rey había devuelto a Baïbars su regalo:

- El rey Issa no los ha aceptado; no sabe qué hacer con Baïbars, ni con sus mamelucos, ni con sus regalos –no dejaba de repetir Aïbak.

Avanzando rápidamente, pronto llegaron a la vista de El Cairo. La última noche del viaje la pasaron en la Jâniqah, y, al alborear del día siguiente, hicieron su solemne entrada en la ciudad. Una vez que llegó a la Ciudadela, Issa Ghâzi echó pie a tierra y se instaló en los antiguos alojamientos de su padre, el rey El-Sâleh Ayyûb, con sus mamelucos, su guapito Janantum y su poeta Abu-l-Jeir. Por la tarde, se presentó ante su madrastra, la reina Shayarat El-Durr, para saludarla y besarle la mano; la reina le bendijo y le exhortó a que reinara con justicia y equidad; a que tratara a sus súbditos con compasión, y que evitara los pecados y las acciones censurables; en fin, a seguir el ejemplo de los reyes buenos y de los sultanes virtuosos.

Pasados dos días, Issa Ghâzi reunió la asamblea plenaria del Consejo, convocando a visires, emires, dignatarios, doctores de la Ley, descendientes del Profeta; en fin, a todos los que estuvieran habilitados para conceder la *bay'a*. De ese modo recibió la investidura real y prestó juramento de gobernar justa y equitativamente, proteger la dignidad de sus súbditos; preservar la autoridad del Estado; no apartarse jamás de la Santa Ley del Islam; de favorecer el bien y perseguir el mal. Hecho esto, le vendaron los ojos, y le condujeron a la armería real, pidiéndole que cogiera al azar un arma. Cuando salió de la armería, llevaba en la mano una espada, en la que se podía leer esta inscripción: “Rogad por el rey sublime”; de modo que durante su reinado, se le dio el sobrenombre de “El-Mu’azzam”, que quiere decir “El Sublime”¹. Pronto, este nombre fue acuñado en las monedas de oro y de plata, y fue proclamado desde todas las mezquitas. El nuevo rey, concedió mantos de honor a los dignatarios y a los gobernadores de provincias, confirmándoles en sus funciones, y envió a un pregonero público a anunciar una amnistía general y a que cada cual dejara de trabajar ese día,

¹ Era tradición que, los soberanos, cuando subían al trono, tomaban un sobrenombre para su reinado, que consistía, con frecuencia, en epíteto laudatorio. La forma pintoresca con que se pone este nombre al rey en nuestro relato, más bien parece una invención del narrador.

siempre que eso no perjudicara a su vecino. Manifestó un especial favor a Baïbars, otorgándole un caftán real de gran valor, y confirmándole en su cargo de lugarteniente general del reino; además, el rey no emprendía acción alguna, sin antes pedir consejo a Baïbars; todo se hacía conforme a su opinión, y no tomaba decisión alguna sin haberle consultado previamente.

Ahora bien, cada vez que el rey venía al Consejo y se sentaba en el trono, su esclavo favorito, Janantum, se colocaba ante él, con una suerte de aguamanil de plata en la mano: de vez en cuando, a una señal de su señor, se acercaba para darle de beber. Como ya os habéis podido imaginar, lo que había en esta vasija, no era otra cosa que vino; pero los grandes de la corte, sentados a cierta distancia del trono, no sospechaban nada, y se imaginaban que el esclavo le servía agua.

Mas, he aquí que, Shâhîn, como gran visir que era, y primer dignatario del reino, estaba sentado un poco más cerca del rey. Un día, Shâhîn se le acercó para susurrarle algo en particular al oído, y al percibir el olor a vino, comprendió la estratagema. El espectáculo de tanto cinismo e impudicia le causó viva cólera; no obstante, se contuvo y esperó a que se levantase la sesión. Cuando el Consejo se disolvió, Shâhîn salió con los otros y se fue inmediatamente al palacio de Baïbars, que le recibió con las mayores atenciones, y le invitó a sentarse en el sitio de honor.

- Y bien, mi querido visir, ¿qué buenos vientos te han llevado hoy hasta aquí? –le preguntó Baïbars finalmente–. ¿Va todo bien? Espero. Aunque... pareces muy alterado, ¿encolerizado tal vez?

- ¡Ay, emir! ¡en verdad que estuviste poco inspirado el día en que nos impusiste a ese canalla, a ese degenerado de Issa Ghâzi! Y nos obligaste a traerle a esta ciudad y a entregarle el trono; tú le diste todo el poder sobre las criaturas de Dios, ¡y todo eso para que él ahora se dedique a beber vino en nuestras narices y ante las barbas de todos los grandes del reino, mientras está sentado en el trono de José el Verídico¹ (que Dios le tenga en Su gloria)!

- ¿Es verdad eso? –exclamó Baïbars indignado.

- ¡Totalmente cierto! ¿No te has dado cuenta del aguamanil que lleva ese bribonzuelo de Janantum? ¿y no te has fijado en que le da de beber cada cinco minutos de esa vasija?

- Pues sí, ¡pero si hubiera tenido la más mínima sospecha de que contenía algo que no fuera agua, no lo habría tolerado ni un instante!

Al día siguiente, Baïbars fue al Consejo y se sentó en su lugar acostumbrado. El rey Issa hizo su entrada y se instaló en el trono real, mientras el joven Janantum, aguamanil en mano, como siempre, tomaba posición frente a él. Pasados unos minutos,

¹ Se refiere a José, el personaje bíblico, hijo de Jacob. José, según la tradición musulmana, reinó en Egipto.

el rey le llamó para que le sirviera de beber; pero de pronto, cuando el esclavo volvía a su sitio cumplida su misión, Baïbars le llamó:

- ¡Pásame un momento ese aguamanil, muchacho, yo también tengo sed!

Al no saber qué hacer, el joven se quedó paralizado.

- No queda ya casi nada, mi querido emir –se apresuró a intervenir Issa Ghâzi–. ¡Vamos, muchachito, ve rápido a llenarla de nuevo y tráesela al emir Baïbars!

- No vale la pena –cortó Baïbars–, me basta con lo poco que quede.

Y atrapando con autoridad la jarra, se la acercó a la nariz: el olor a vino que se escapaba de la jarra, era más que elocuente. Sin pronunciar palabra, le devolvió el recipiente a Janantum y regresó a su sitio, presa de una fría cólera. Cuando se levantó la sesión y los dignatarios se marcharon a sus casas, Baïbars se presentó ante la puerta del harén: el gran eunuco vino a abrir, le besó las manos y le preguntó por el objeto de su visita.

- Ve a avisar a tu señora Shayarat El-Durr, que deseo hablar con ella un momento detrás de la celosía –le dijo Baïbars.

El gran eunuco se fue presto a cumplir su cometido y, poco después, la reina llegó y tomó asiento detrás de la celosía que cerraba la puerta.

- ¿Qué quieres, hijo mío? –le preguntó la reina a Baïbars–. Espero que no te haya sucedido nada fastidioso...

- A mí, no, gracias a tu benevolente consideración, oh, dama. Pero este Issa Ghâzi, ¿por quién se toma? Ha llevado su desvergüenza hasta el punto de beber vino en plena sesión del Consejo, ante las narices y las barbas de los más altos dignatarios del Estado; él, el hijo de mi difunto señor El-Sâleh Ayyûb, ¡y a nosotros nos está dejando en ridículo!

- ¡Ah, el muy miserable! –exclamó la reina encolerizada– Está bien, hijo mío, vuelve a tu casa; ¡yo me encargaré de decirle cuatro cosas a ese malcriado!

Luego, la reina llamó al gran eunuco, el agha Yawhar, y le preguntó:

- Dime; Después de que el rey Issa vuelve del Consejo y se va a sus aposentos, ¿qué hace?

- Pues ordena que le traigan varias frascas de vino y pasa la noche bebiendo con su esclavo Janantum, y con Abu-l-Jeir. Todas las noches hace lo mismo desde que llegó a El Cairo. A estas horas deben estar en plena faena.

La reina, decentemente velada, se presentó inmediatamente en el salón en el que estaba Issa Ghâzi; éste, avisado de su llegada por los sirvientes, apenas si tuvo tiempo de hacer desaparecer las botellas de vino antes de que la reina atravesara la puerta; más altiva y temible que una leona. Al verla, el rey se levantó y fue a darle la bienvenida con una deferencia un tanto desmedida; pero con el olor a vino que invadía toda la habitación, la reina, no solo no podía devolverle ni los más mínimos cumplidos, sino que le apostrofó duramente:

- ¿Es que tú no temes a Dios? ¿Cómo es que tú, que eres rey y sultán; tú, que eres el jefe de todos los musulmanes; tú, a quien el Señor ha confiado el cuidado y que veles sobre Sus criaturas; tú, te revuelcas en la crápula y la borrachería, rebelándote contra Aquel que ha creado al hombre y le ha dictado su ley? ¡Tú, el sucesor de El-Sâleh Ayyûb!

La reina continuó un buen rato reconviniéndole y reprochándole todo eso; luego, cuando se fue calmando su cólera, regresó a sus aposentos. Issa Ghâzi no había podido decir ni una palabra, por el desconcierto que le había producido la gran violencia de la reprimenda de la reina. Así que, de inmediato envió a buscar a Aïbak, Qalaûn, y a todos los emires enemigos de Baïbars, para dar libre curso a su rencor:

- ¿Es que soy yo el primero en el mundo en beber vino? –se lamentó– ¿Es que ningún rey lo ha bebido antes que yo? Entonces, ¿por qué Baïbars anda siempre haciéndome reproches y llevándome la contraria? ¡Y encima, ha ido a contárselo todo a mi tía¹, la reina Shayarat El-Durr, que ha venido hasta aquí a montarme un numerito y a estropearme la velada!

- ¡Pues claro que sí, que desde que el mundo es mundo, y en todas las épocas, los reyes han bebido vino! –exclamaron Qalaûn y Aïbak con un sonsonete comprensivo– Además, oh, Comendador de los creyentes, ¿por qué vas a temer a Baïbars, y darle la más mínima importancia a sus actos y a sus gestos? Si quieres estar tranquilo, no tienes más que destituirle, expulsarle del Consejo, y poner a cualquier otro en su lugar. Después de todo, no es más que un peligroso intrigante, cuyo único deseo es el de asesinar y eliminar a la dinastía de los ayyubíes de la faz de la tierra; así tendrá el campo libre para usurpar la realeza.

- Sí, tenéis toda la razón –aprobó Issa Ghâzi–. He descuidado este asunto demasiado tiempo; ¡se imponen medidas radicales!

**** * * * * *

Próximo relato de “Muerte en el hamam”

VI.10 - “Desgracia y revancha de Baïbars”

¹ En el lenguaje popular, la segunda esposa del padre es asimilada por cortesía a la tía materna (hermana de la madre)